EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICIÓN de la TARDE

Suscripción: Barcelona, ptas. 1'80 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 6 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Escudillers Blancs, 8 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

Crónica diaria.

La limpieza municipal.

Comisionado oficialmente para realizar un estudio importante ha llegado a esta ciudad el ingeniero municipal de Pamplona, señor Claret.

Y ¿qué dirían ustedes que viene a estudiar aquí este señor ingeniero?

—¿Las obras de la reforma?

—No, padre.

—¿El trazado de las calles del Ensanche?

—Tampoco.

—Pues no caemos—dirán nuestros lectores.

—Sí, sí; ya caerán ustedes, ya, resbalando en las Ramblas con alguna hoja de col o cualquier otra porquería impropia de Barcelona. Por de pronto agárrense para no caerse ahora. El señor Claret viene a estudiar nuestro sistema de limpieza.

Hay quien dice que lo que este señor ha querido es tomarnos el pelo. Pero hay también quien asegura que en Pamplona creen a pie juntillas que somos un pueblo limpio.

A estas horas el señor Claret debe estar ya desengañado. Si ha salido a paseo por la mañana, entre diez y once, los mangueros de los paseos le habrán llenado de agua; en las calles aristocráticas los porteros, barriendo, le habrán llenado de polvo; y en paseos, calles y plazas le habrán hecho merced de costras, durezas, tiras de uña, pulgas y otros bichos, sacudiendo sobre su persona, desde los balcones, las ropas externas e internas de las camas.

El que le haya dicho a usted, señor Claret, que la limpieza pública de Barcelona era digna de estudiarse le engañó a usted miserablemente.

Ahora, si se refirieron a la limpieza municipal, ya es otra cosa. ¡Esta sí que es un verdadero modelo, aunque tal vez no le convenga a usted llevarse el sistema a Pamplona!

—¡...!

—No, señor. Limpieza municipal no es la que hace el Ayuntamiento en la ciudad, porque, como ya habrá visto, no hace ninguna. No. Por limpieza municipal entendemos aquí la que nuestros concejales hacen en las arcas comunales. ¡Esta sí que es limpieza!

Y es la única que hay aquí digna, si no de imitarse, de que la estudie el señor Claret, ingeniero municipal de Pamplona.

Homenaje a Ignacio Iglesias.

La Comisión empieza hoy a recoger las cantidades de la suscripción. Se ruega en consecuencia a las Sociedades cooperen a la buena marcha de los trabajos de recaudación.

dación, teniendo dispuesta la inmediata entrega de las cantidades para el momento en que la Comisión pase a recogerlas. Para el caso de que ésta se viese obligada a pasar en horas en que ningún individuo de las Juntas se hallase en la Sociedad, se agradecerá se deje el importe a los conserjes. La Comisión extenderá el correspondiente recibo, firmado y sellado.

De fuera van llegando también las cantidades de la suscripción.

Referente a los pliegos de firmas, se avisa por última vez a dos o tres Sociedades que no los han remitido para que se sirvan enviarlos por todo el próximo jueves, pues, de lo contrario, no podrán ir en el álbum, con harto sentimiento de la Comisión.

Continúa abierta la suscripción, para encuadernar el álbum, en esta Administración.

Gacetilla.

Unos industriales del distrito VI de esta capital organizan una conferencia, según nos dicen, para que el autor del proyecto de celebrar una Exposición Universal explique la forma de llevarlo a cabo.

Dicennos que oportunamente se anunciará sitio y hora.

La Cámara de Comercio y Navegación de esta ciudad ha recibido una comunicación de un industrial de Caracas interesando de los fabricantes de Cataluña el envío de muestras de paño azul y de paño verde y rojo de las clases que se usan en la confección de uniformes para el Ejército, con motivo de un cambio de vestuario decretado en Venezuela.

Ayer se expidió desde esta ciudad el siguiente telegrama redactado en francés:

Presidente Congreso del Libre pensamiento, Munich (Alemania).—Fraternalos saludos para los congresistas; sinceros votos por éxito Congreso. La obra de Ferrer está en marcha. ¡Viva la Escuela Moderna!—*Portet, Lit. dn.*

En la barriada de la Salud se celebrarán del 8 al 12 del corriente varios festejos, entre los cuales figuran dianas, disparo de morteretes, pasacalles, balles de ramos y de sociedad, partidos de *foot ball*, concurso de calles y fachadas adornadas, fiestas infantiles, conciertos, sardanas y fuegos artificiales.

Jugando en la galería de un piso de la calle de la Independencia el niño José Arnabat, con un martillo dió un golpe contra un objeto, que hizo explosión, produciendo la ruido gran alarma entre los vecinos. La pobre criatura sufrió heridas en la pierna izquierda.

Parece se trataba de un petardo de los que se emplean en ferrocarriles.

Se ignora cómo llegó a manos del niño Arnabat el explosivo.

El lesionado fué asistido en el Dispensario de San Martín.

Telefonemas detenidos en la Central de Teléfonos por no encontrar a los destinatarios:

De Vilafranca, Brino Jusep Español, Ripoll, 27.—De Villanueva, Consuelo Caballero, Bruch, 91.

El pasado domingo, por la mañana, poco después de las diez, fué agredido un tren que acababa de salir de Barcelona. Cuando el convoy se encontraba entre la Cárcel Modelo y la estación de Sans, unos alvai-s, pues otro nombre no merecen, lo apedrearon, logrando romper el cristal de un vagón de pasajeros e hiriendo de alguna consideración en la cara a un pasajero.

Cuanto tienen a su cargo velar por la seguridad de las personas están en el deber inexcusable de ejercer la mayor vigilancia a fin de evitar la repetición de salvajadas como la que acabamos de relatar. ¡Lástima grande no poder dar con esos miserables que de tal suerte atentan contra la seguridad de los pasajeros! Es una verdadera lástima que tal suceda, porque convendría hacer un escarmiento.

La Comisión provincial ha despachado los siguientes asuntos:

Sección de Fomento.—Informe acerca de la autorización solicitada por la Sociedad

anónima Energía Eléctrica de Cataluña para instalar una red de distribución de fuerza y alumbrado en Igualada. Informe favorable.

Idem id., del proyecto presentado por la misma Sociedad para transportar energía eléctrica desde San Adrián de Besós a Manresa, Mataró y Barcelona. Informe favorable.

Idem id., de la competencia suscitada al Juzgado de primera instancia del distrito de la Concepción de esta ciudad, por conocer del juicio declarativo promovido por el marqués de Sentmenat contra el Ayuntamiento de Barcelona sobre revocación de un acuerdo relativo a la expropiación de terrenos de la Granja Experimental. Se insiste en la competencia.

Idem en el expediente de expropiación de la casa número 8 de la calle de Filateras afectada por la reforma interior de Barcelona.

Adjudicación definitiva de las obras del camino vecinal de Calaf a San Martín Sasgoyolas. Se adjudica a don José Sello.

Autorizaciones para verificar obras en terrenos lindantes con carreteras provinciales y caminos vecinales. Se conceden dichas autorizaciones.

Los vecinos de las barriadas de Casa Antúnez, Arsenal Civil y Port, con la cooperación del Ateneo Obrero «Terra Baixa», fabricantes e industriales y propietarios, celebrarán su fiesta mayor (años ha no celebrada), los días 7 y 8 del corriente, con festejos callejeros y bailes en el vestibulo-salón del balneario Zoraya, que estará lujosamente adornado y alfombrado.

Se ha inaugurado el servicio del tren expreso de lujo entre Barcelona a París y viceversa. El que salió de Barcelona arrancó de la estación de Francia a las 14'16 y condujo trece viajeros. El procedente de París entró en agujas a las 15'40 con tres viajeros, no habiendo enlazado con la línea del Mediodía de Francia.

Según el nuevo horario de trenes que ayer comenzó a regir, el expreso de Madrid, que tenía la hora de salida a las 18'46, parte ahora a las 19'30, y el correo de Valencia, que salía a las 20'01, sale desde anoche a las 20'05.

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar a sus destinatarios:

Logroño, Isabel Argilaga, Mallorca, 367, tienda; Motril, Morell; Vilafranca del Penedés, Andrés Martínez, Asalto, 20; Mahón, Berardo Ramón, rambla de Cataluña, 119.

Conferencias y reuniones.

El Ateneo Valentino de Literatura y Artes, establecido en la calle del Consejo de Ciento, 263, bajos (junto Aribau) inaugurará el curso escolar de las clases gratuitas el día 1.º de Octubre.

La matrícula se cerrará el 25 del corriente.

Queda abierta la matrícula para las clases que sostiene la Sociedad Económico-Arabista (plaza de Santa Ana, 4).

En el presente curso habrán las siguientes asignaturas gratuitas: árabe, francés 1.º y 2.º cursos, inglés, alemán, prácticas de contabilidad, mercología, etc.

Las personas que deseen matricularse pueden hacerlo los días laborables, desde las nueve y media hasta las diez y media.

El Ideal femenino de los caricaturistas Ingleses.

Una revista inglesa tuvo la ocurrencia de preguntar a unos cuantos caricaturistas qué pensaban ellos de la mujer, sintetizando su pensamiento en la figura de la esposa ideal para cada uno. El resultado obtenido por la investigación fué curiosísimo. Algunas de las respuestas resultaron muy graciosas. Heath Robinson, por ejemplo, el tan celebrado autor de tantas originales y divertidísimas páginas cómicas, tiene como ideal una mujer muy de su casa, que pase el día haciendo

pastelitos para el marido. Alfredo Leete cree que la mujer perfecta es la que cuando sale a comprar lleva los paquetes, sin cargar al marido, y Bert Thomas desearía una esposa que se pasara el día haciéndole sus dibujos mientras él se divertiera a su gusto. Pero ninguno como Hickling, que está dispuesto a adorar a una sirena, porque está seguro de que no logrará averiguar lo que él hace cuando no esté en su marítima casa.

Máquina azotadora.

El profesor Andrew, de la Universidad de Illinois, ha sido denunciado por su esposa, la cual declaró ante la policía que su vida era intolerable a causa de la excesiva actividad científica del marido.

—El no hace más que dibujar y construir las máquinas más extravagantes—dice la mujer—, y, desgraciadamente, las prueba sobre mí y mis hijos. Es una cosa insoportable. Los jueces dieron la razón a la denunciante y condenaron al profesor a 62 francos de multa.

Una de las últimas máquinas del inventor era para distribuir equitativas azotainas a los chiquillos.

El profesor dice que inventó la máquina azotadora para ahorrar tiempo y fatiga y también para regular científicamente la proporción y la severidad del castigo a la gravedad de la falta cometida por el niño.

La máquina pesa diez kilos y está construida con bambú y aluminio. Dos recios guanteletes sacuden a los niños en el lugar donde no puedan ser rotas las narices. La máquina descarga por término medio 35 azotes al minuto; pero puede variarse y precipitar el movimiento a voluntad del operador.

No hay duda que las ciencias hoy adelantan que es una barbaridad.

Galantería premiada.

Se ha dado el caso, rarísimo por cierto, de una rica señora que al morir legó a una persona cinco mil duros por haberse portado con ella muy correctamente, dedicándole toda clase de atenciones.

Sin duda la señora de referencia había notado la falta de galantería que se echa de ver en mucha gente.

A una joven, si es guapa, todavía se le guardan las deferencias y no falta quien le suda galantemente un asiento en el tranvía; pero tratándose de una señora "entrada en años", el que más y el que menos se hace el desentendido o gruñe una protesta cuando le toca de vecina en el tren o en el teatro una anciana respetable.

Además, una persona galante es una especialidad; ya veis que hubo quien la pagó a buen precio: cinco mil duros por ser galante. Decididamente vale la pena serlo.

No se olvide que la galantería es lo que más agrada a las mujeres. Una ha habido en París que ha legado otra considerable cantidad a todas aquellas personas que asistieron a su entierro.

Esta cortesía póstuma, pagada espléndidamente por una mujer, nos demuestra hasta qué punto agradecen las señoras las atenciones que logran merecernos. Hagamos por que no tengan que esperar a morir para conseguirlos!

La perla de Vanderbilt.

Cuenta un periódico una curiosa historia de la que fué víctima recientemente un hijo de Vanderbilt, que, hallándose entretenido en la sala de juego de un Casino, se dió cuenta de improviso de que le faltaba el alfiler de 1ª corbata: una perla que valía algunos miles de francos.

Buscó al detective encargado de mantener el orden en la sala y le puso al corriente de lo que le ocurría, añadiendo que daría una buena gratificación a quien le devolviese el alfiler, que, aparte del intrínseco, tenía para él gran valor afectivo.

Diez minutos después el detective regresó acompañado de un señor elegantísimo, que

rogó al millonario le siguiese hasta un comedor del jardín.

Una vez apartados de la curiosidad ajena el elegante desconocido sacó del bolsillo de su smoking una docena de alfileres de corbata, que presentó a Vanderbilt, diciéndole con la mayor frescura:

—Perdóame, señor, si no recuerdo bien cuál es el suyo... Estos son los alfileres de hoy... Puede usted coger el suyo.

Vanderbilt, estupefacto ante el extraordinario ladrón, recoge su alfiler, da las gracias y una suma y regresa satisfecho a la sala de juego.

La condesa María también lamentó aquella muerte; Nora, por el contrario, se alegraba pensando que ya no se le pondría más delante aquel pájaro de pésimo agüero que parecía recriminarla siempre con sus severas miradas.

La condesa Manuela no había pronunciado más que una sola palabra al anuncio repentino de aquella muerte:

—¡Ya era hora!

Pero aquella noche, en vez de retirarse a sus habitaciones, pasó a las de su marido, diciendo a la camarera, que trataba de seguirla:

—No, no te necesito; vete con Fanny, Clelia y los demás criados a rezar el rosario en la habitación del difunto; yo velaré con el conde, porque estoy segura de que no podré dormir esta noche con el muerto en casa.

Así, marido y mujer se encontraron solos; todas las puertas estaban cerradas, los portiers corridos y nadie podía verles ni oírles.

Manuela, envuelta en una blanca bata, se había arrellanado en una poltrona y contemplaba a su marido, que paseaba lentamente por la estancia sumido en sombríos pensamientos. Aquel silencio, aquel paseo, crispaban los nervios de la condesa.

—Si en vez de andar como un reloj te sentases—dijo ésta de pésimo humor—, hablaríamos un poco.

El conde se paró delante de ella.

—¿De qué quieres que hablemos?—exclamó bruscamente, con cierta violencia—. ¿Del muerto? Ahora estamos seguros de él; ya no podrá hablar.

—Pero ¿estás seguro de que no ha dejado ningún escrito que pueda compromèternos?

—¿Estaría yo aquí tan tranquilo y dejaría que los demás invadieran la habitación de Pietro si no estuviera seguro de que no hay ningún peligro para nosotros? Si no hubiese velado yo, ese hombre habría acabado por traicionarnos, deshonrarnos. ¡Ah, cuánto he sufrido estos últimos años, teniendo al lado el viejo estúpido que me parecía el espectro del remordimiento! No hablaba, pero sus ojos amenazaban, y yo veía siempre suspendida sobre mi cabeza aquella espada de Damocles. Por fortuna, todo ha acabado ya... Será enterrado Pietro y su secreto con él.

La condesa no estaba convencida.

—Pero ¿no habrá confiado nuestro secreto a nadie? Esa Clelia me asusta, Luca se encogió de hombros.

—Clelia no ha podido comprender nada—respondió—. El manuscrito que ésta debía entregar a la hermana de Pietro está en mis manos.

Manuela dió un salto sobre su asiento y abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Cómo?

—Te he dicho que velaba—respondió secamente el conde—. ¡Ah! ¿Crees que no me urge salvaguardar nuestro porvenir, el de Nora? Piensa que una sola sospecha en el alma de María lo habría echado a rodar todo y a mí no me habría quedado otro recurso que matarme, dejándoos en la miseria, en el deshonor.

Manuela hizo un ademán de terror y ocultó el rostro entre las manos.

—¡Dios mío, Dios mío!—murmuró.

El conde hizo un gesto de cólera.

—Ya son inútiles estas jeremiadas—exclamó—. ¿No fuiste tú misma la que me indujiste a cometer aquella mala acción?

—Lo hice por nuestra hija.

—Lo hiciste por ti, pues como yo, no querías renunciar al lujo, a los placeres. No evoquemos otras razones, porque nos conocemos demasiado, y, sobre todo, no mezclemos el nombre de Nora en nuestra infamia. Si nuestra hija conociese la verdad, nos rechazaría con horror, no sobreviviría al disgusto. Es un carácter ligero, caprichoso; pero tiene un alma honrada que María ha sabido conquistar.

Hablaba en voz baja, que ocultaba cierta angustia, casi más sentimiento de miedo.

Manuela le miraba palidísima, trémula.

—Luca—preguntó de repente—, ¿me dijiste cierto día la verdad? ¿Aquella niña ha muerto?

—Sí—respondió el conde sin mirar a su esposa—. De eso puedes estar segura.

—Entonces, si ninguna cosa puede surgir o turbar nuestra felicidad, si Pietro nada comprometedor ha dejado, ¿por qué turbarnos tanto? El porvenir es nuestro y las riquezas de María no se nos escapan ya. Yo creo que mi cuñada sueña en casar a Nora con el marquesito Silvestri; pero te confieso que ese proyecto no me gusta. Preferiría que se casase con el barón Morangi.

El conde se encogió de hombros.

—Debemos dejar a Nora que haga la elección a su gusto.

Luca, que, como su esposa, no tenía valor para acostarse teniendo aquel cadáver en la casa, se tumbó en una poltrona. De vez en cuando llegaba a los oídos de ambos un murmullo de plegarias y Manuela hacía maquinalmente la señal de la cruz, balbuceando:

—*Requiescat in pace, Amén.*

Así pasaron la noche, cambiando de vez en cuando algunas frases en las cuales se mezclaba siempre el nombre del muerto.

Nora, en cambio, después de rezar con su tía el rosario, se acostó y durmió sin pensar ya en Pietro.

Otra imagen sonreía en sus sueños: la de Mario. Cierto que el joven se había mostrado entusiasmado y conmovido por la violinista Nella y desde el momento que la muchacha apareció se cuidó menos de la condesita y hasta respondió con dificultad a sus preguntas; pero Nora, con su carácter altanero, no podía estar celosa de una concertista y, creyendo la emoción de Mario una muestra de la bondad y sensibilidad de su alma, sentía crecer sus deseos de convertirse en su esposa, de realizar el sueño de su adorada tía.

Después de los funerales, Rosa, en presencia del conde y de la señorita

Clelia, se hizo cargo, uno a uno, de todos los efectos del muerto, encerrados en un baúl y en un armario, cuyas llaves se encontraron en un bolsillo interior que Pietro llevaba puesto la noche de su muerte.

En el baúl se encontraron las cartas que Rosa había enviado desde América al conde para que las entregase a su hermano.

—Ya ve—dijo Rosa enseñando aquellas cartas a Clelia—cómo desvariaba mi hermano cuando decía que no había recibido nunca noticias mías.

—¿Le ha dicho esto?—preguntó con voz tranquila el conde a Clelia.

Ésta se sonrojó ligeramente.

—Sí, señor conde, y parecía que estaba en su cabal juicio; pero ahora veo que usted y Rosa tenían razón.

También se encontraron dos libretas de la Caja de Ahorros con imposiciones por 10,000 liras.

Rosa volvió aquel mismo día a casa de su dueño; en el palacio todo recobró su aspecto normal y la desaparición de Pietro pareció aliviar a la servidumbre del conde y de la condesa, que veían en el viejo sombrío y receloso un espía del gentilhombre.

El conde declaró que por el momento nadie ocuparía el puesto de Pietro.

Seguro de que el pasado estaba enterrado con el muerto, el conde Luca se apresuró a destruir el manuscrito que había sustraído por un verdadero milagro y por una especie de presentimiento que le hacía vigilar continuamente a Pietro. Sin embargo, antes de arrojar al fuego aquel escrito quiso conocer su contenido.

Solo, en la salita contigua a su alcoba, en una hora en que todos dormían, sentado junto a la chimenea, a la viva luz de una lámpara a gas que iluminaba la estancia como la luz del día, el conde sacó el manuscrito, cerrado aun por cuatro sellos de lacre negro.

En el papel que lo envolvía había escrito en gruesos caracteres:

«A MI HERMANA ROSA.»

Y en cursiva:

«Para leerse después de mi muerte.»

El conde tuvo una ligera vacilación, pero fué cosa de pocos segundos.

Rasgó la cubierta con mano febril y sacó un largo sobre amarillo que contenía un cuaderno y una carta. La carta era para Rosa y decía:

«Cada día me encuentro peor y me parece que voy a morirme de un momento a otro; carezco de apetito en absoluto, no me voy a dormir hasta que el cansancio me rinde; pero después de pocas horas de sueño agitado me despierto de repente con un grito y permanezco presa de un terror sin nombre, sin fuerzas para levantarme, temblando como un azogado.»

Y todo esto, querida hermana, no es debido solamente a mi padecimiento físico, sino a los sufrimientos morales, con los cuales trato de luchar en vano, porque proceden del remordimiento y me arrastran a la tumba. No te horrorices, hermana mía; yo he sido cómplice de una traición, de una infamia.

Todo lo que te relaté cierto día acerca de la niña que te confié es mentira. Esta no es hija de una desgraciada y de un presidiario, sino la heredera de un gran nombre y de una inmensa fortuna. Su madre vive aun, es una santa y hace muchos años que llora y se desespera por la desaparición de su hija adorada. Y yo he sido testigo de sus llantos, de sus delirios; he visto al infeliz padre de la muchacha morir de sentimiento y he callado.

¿Cómo hacerte comprender las razones que me han impulsado a obrar así? No tengo otro medio que contarte toda la historia de mi culpa, sin ocultarte nada, para que comprendas que si fui culpable, también he sido desgraciado, y que la muerte no será para mí más que un alivio, una liberación.

Cuando leas esta carta ya habré cerrado los ojos para siempre. Tú, después de saber la verdad por mi manuscrito, irás al palacio de Rienzi, preguntarás por la condesa María, y a ella, a ella sola se lo confesarás todo, revelándole dónde está su hija.

Y para que no pueda creerte cómplice mío, le dirás la mentira que te conté al entregarte la pequeñuela con el fin de que nada sospechases y que ésta fuese acogida por tu dueño como propia hija. Si alguna cosa puede atenuar mi delito es el haber puesto la muchacha en manos honradas como a tus y tuyas y haberle dado un padre modelo que en colaboración contigo supiera criarla bella, pura y digna del nombre que debe llevar algún día.

Hermana, querida hermana, no me malijas si no quieres que lleve el peso de mi culpa por toda la eternidad. Perdona a tu pobre hermano contrito, como lo perdonará el divino Juez, ante cuya imagen tanto he rogado y llorado.

Pietro.

Un sudor helado corría por la frente del gentilhomme mientras sus dedos nerviosos arrugaban convulsamente la carta. ¡Ah, qué acertadamente había pensado que Pietro un momento u otro le traicionaría, le perdería! ¿Qué habría sido de él, de su esposa y de Nora cuando la condesa María hubiese sabido la verdad?

Pero ya el peligro había desaparecido; él solo leería el manuscrito de Pietro; la hija de su hermano Paolo, la heredera de las riquezas de María, sería siempre Nella Serra, la concertista admirada y aplaudida, y él continuaría su vida de placeres, llevando alta la frente, temido y respetado, sin cuidados por el porvenir de Nora, sin temores ni remordimientos estúpidos y tardíos.

El conde arrojó la carta al fuego. La llamarada que siguió le hizo temblar, palidecer. Le parecía que corría sangre por aquella carta y se dejó caer para atrás en la poltrona, cerrando los ojos, turbado y confuso.

Cuando los volvió a abrir no vio más que la leña que ardía lentamente, sin llama.

Rió de su miedo. ¿Y qué? ¿Se convertía en un muchacho?

Y, avergonzándose de sí mismo, cogió el cuerno y lo abrió. En la primera página había escrito:

«EL TERRIBLE SECRETO.

En Monte-Carlo, donde pasé un mes con el conde Luca Rienzi, mi dueño, cometí la primera falta que iba a amarrarme para toda la vida.

Sin embargo, hasta entonces había yo sido un joven honrado, aunque de temperamento exaltado y más ambicioso de lo que me permitía mi condición.

El conde Luca era para mí un dueño modelo; siempre alegre, placentero, pronto a arrojar el dinero por la ventana; amantísimo de su esposa, aunque cada uno viviese a su gusto, e ídola de su hija, por la cual algunas veces se reprochaba su disipación. Pero eran nubes pasajeras que una nueva diversión bastaba para disipar; mi dueño no me regañaba nunca y cuando estaba en vena me regalaba vestidos, dinero y joyas. ¿Podía yo pedir más? Yo imitaba su vida. Cuando él estaba de día en el Casino, yo, vestido como un caballero, con el cigarro en los labios, paseaba por la terraza que mira al mar, tan azul, centelleante, requiebrando a las muchachas que pasaban por mi lado y enrojecían bajo mis miradas. Había, entre otras, una linda morena a la que yo no podía encontrar sin que me latiera con violencia el corazón.

Y un día que logré hablarla, a la sombra de una palmera, la dije un sinfín de mentiras: que yo era rico, extranjero, que estaba aburrido de la vida y podía ofrecerle oro y joyas. La linda morena, que era una muchacha honrada, me respondió que no buscaba riquezas, que su trabajo la bastaba para vivir alegre y sana y que quería un marido pobre como ella e igualmente sencillo.

Me dejó así, riéndose en mis narices, porque quizás había conocido quién era yo; desde aquel día no la vi más; pero la lección recibida no bastó para curarme de mis ligerezas.

A la noche, cuando el conde se iba al Casino, donde permanecía hasta el alba, yo me reunía en mi habitación con otros criados tan vanos como yo y jugábamos desesperadamente, imitando a los dueños. Una noche había yo perdido, bajo palabra, cuatrocientas liras, y, sin embargo, me obstinaba en jugar. El individuo que me ganaba me dijo de repente con ironía:

—¿Dónde encontrarás fondos para pagar?

Fruncí el entrecejo, como si hubiese recibido un insulto.

—No temas—respondí con altanería—; mañana te pagaré, aunque tuviera que darte mil liras.

Él volvió a sonreír burlonamente.

—¡Ah!—agregó en tono insolente—, no recordaba que tú eres un caballero extranjero aburrido de la vida que puede ofrecer a las muchachas bellas oro y joyas.

Me repetía cuanto había yo dicho a la morena. La sangre me subió a la cabeza; y como los otros compañeros también riesen, arrojé las cartas al rostro del insolente.

La partida quedó bruscamente interrumpida; el ofendido saltó hacia mí para golpearme, y quien sabe lo que habría sucedido si los otros compañeros no nos hubiesen separado, sacando de la habitación a mi contrincante, que gritaba:

—¡Si mañana no pagas, te corto las orejas, caballero de mis zapatos., italiano miserable y bufón!

¡Ah! ¡Qué temblor en mis manos, qué cólera en mi corazón! No veía más que sangre; no sé quién me sujetó en aquel momento, impidiéndome cometer un homicidio.

Estaba solo en la alcoba del conde, sentado a su mesita, donde tenía apoyados los codos y con la cabeza, que parecía que iba a estallarme, sujeta entre las manos. ¡A lo que me habían reducido mis embustes, mis tonterías, mis aires de caballero!... A correr el ridículo y a verme despojado de todo.

¿Cómo podría pagar a mi deudor sin un céntimo en el bolsillo? Y una deuda de juego es una deuda sagrada, de honor. Pero ¿dónde estaba mi honor en aquel momento? A merced de un mastuerzo que me pondrá en ridículo y me hará despedir por mi dueño.

En el hotel donde estábamos alojados todos dormían; únicamente yo veía, triste, irritado, con la cabeza inflamada. De repente me pareció oír como un ligero rumor por la parte del lecho; dirigí maquinalmente la mirada hacia la alcoba y mis ojos se fijaron en un mundo donde mi dueño guardaba la ropa blanca y el dinero. Y en la cerradura del mundo el conde había dejado la llave.

Lo que pasó en aquel instante en mi cerebro sería imposible decirlo. Una mezcla de alegría, de embriaguez, de vergüenza; mientras me decía a mí mismo que yo no quería robar, pero que el destino me presentaba la ocasión de que pudiese saldar mi deuda, de humillar a mi rival, que mi intención era restituir después lo robado al conde, revelándosele todo, una voz íntima, misteriosa, me gritaba:

—¡No toques nada o estás perdido!

¡Ah! ¿Por qué no escuché aquellas voces, por qué olvidé en aquel instante los buenos consejos de mi madre, los ejemplos de honradez que en mi niñez había tenido?

Me decidí; estaba solo; el conde no regresaría hasta la mañana. Con la frente empapada en sudor me acerqué al mundo y lo abrí; no produjo más que un ligero rumor.

Mas para encontrar el dinero tenía que llegar hasta el fondo, procurando no desordenar los otros objetos que el conde mismo había colocado con un cuidado meticuloso.

Saqué una de las bandejas del mundo y la dejé sobre el lecho; después, inclinándome, saqué una voluminosa cartera negra que estaba atestada de billetes de Banco italianos y franceses.

La acababa de abrir cuando una mano cayó pesadamente sobre mi espalda y una voz formidable gritó a mis oídos:

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

Un temblor convulsivo me invadió; mis dientes castañetearon y gruesas

gotas de sudor corrieron por mi frente y no fui capaz de pronunciar ni una sola palabra para defenderme, para disculparme.

Era mi dueño, que me había sorprendido con las manos en la masa; mi dueño, que había entrado sin que yo lo notase, tan insensible estaba a todo en el momento en que puse las manos en aquella cartera.

* * *

Aquella hora atroz no la he olvidado nunca.

El conde Luca, después de zarandearme brutalmente, arrancó de mis manos la cartera, repitiendo con voz ronca:

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¿Es así cómo te haces digno de la confianza que tenía en ti? ¿Mientras yo te trataba casi como a un hermano, te confiaba mi dinero, cuanto me pertenecía, tú te aprovechabas de mi ausencia para robarme? ¡Ladrón!

Creía que me estallaba el cráneo; tanto me había descompuesto la palabra «ladrón».

—¡No, no quería robarle!...—balbuceé con voz entrecortada.

Él prorrumpió en una carcajada.

—¡Ah! ¿No? ¿Y te encuentro con mi cartera en las manos, al lado del baúl abierto? Yo podría gritar en alta voz que eres un miserable y podría también entregarte a los guardias, deshonorarte, perderte para siempre, ¿comprendes? Pero no lo haré, porque tengo piedad de los tuyos, que son honrados, porque estoy seguro de que desde este momento, arrepentido de tu acto infame, estás dispuesto a consagrarme tu sangre, tu vida.

Imagínese a un condenado a muerte que en el momento de subir al patíbulo oye las palabras «gracia», «indulto» y se tendrá una idea de lo que yo sentí en aquel momento al escuchar las últimas frases del conde.

Me arrastré a sus pies, sofocado por las lágrimas, y con voz entrecortada le dije suplicante:

—Sí... mi vida es suya.... pero evíteme la vergüenza de una prisión, de una condena. Mi hermana y mi madre morirían de desesperación, a mí no me quedaría más recurso que matarme... y soy vil, tengo miedo de la muerte. Dueño... dueño... perdóneme... y después haga de mí lo que quiera... yo seré su esclavo... por toda la vida.

—Levántate— me dijo con aspereza.

Y, mirándome con aquellos ojos centelleantes por la cólera, agregó:

—Escúchame, yo quiero creerte; pero como algún día podrías olvidar tu juramento...

—¡Jamás, jamás!

—Conozco los hombres y tú no eres mejor que los demás. Siéntate ahí; lo quiero.

Me indicó imperiosamente el escritorio y cuando le hube obedecido me puso delante una hoja de papel y una pluma y me obligó a escribir una declaración firmada en la cual confesaba que había sido sorprendido por mi dueño cuando le robaba una cartera llena de billetes de Banco.

—Espero no tener necesidad de servirme nunca de esta declaración—dijo el conde Luca guardándosela en el bolsillo—; pero servirá como garantía de tu fidelidad, de tu juramento. Y ahora dime qué pensabas hacer de ese dinero.

Llorando confesé la verdad, jurando que tenía la intención de restituir lo que quitase; él se encogió de hombros, me miró con fijeza un instante y luego, sacando de la cartera dos billetes de quinientas liras, me dijo:

—Toma, paga tu deuda de juego, que es una deuda de honor, y guárdate el resto para que no se te vuelva a ocurrir la idea de robar.

Una poderosa emoción me invadió, un grito de alegría escapó de mis labios, y, cayendo de rodillas ante mi salvador, le besé las manos, bañándose las en lágrimas de reconocimiento.

¡Ah, si yo hubiese podido leer entonces en su corazón!...

Habíamos regresado a Turín y el conde Luca que parecía haber olvidado mi delito, se mostraba siempre bueno y generoso; también la condesa me tenía muchas consideraciones.

Marido y mujer parecían adorar a su única hija, Nora; pero una noche sorprendí al conde que, después de besar a su hija y de retirarla de su lado, se pasó el pañuelo por los ojos.

Yo estaba solo con él.

—¿Puedo preguntarle—dije tímidamente—la causa de su dolor?

Mi dueño se dejó caer en una poltrona y estrechó la cabeza en sus manos.

—Tengo... que soy un desventurado, y te lo digo a ti, que puedes comprenderme—respondió—. He derrochado mi patrimonio, porque tengo las manos agujereadas y no puedo negarle nada a mi esposa, a la que adoro. Pero ahora, cuando beso a mi hija y la estrecho contra mi corazón, siento un remordimiento, un dolor insoportable. ¿Qué porvenir la he preparado? A ella la miseria; a mí el deshonor, la muerte.

—Por caridad, no hable así—le dije, todo descompuesto—. Su hermano no le abandonará y su cuñada quiere mucho a la condesita Nora.

—La quiso hasta que ella fué madre—interrumpió el conde—. Desde aquel momento no se ha cuidado más de mi hija y prefiere vivir en el campo con su marido a estar al lado nuestro. No, no tengo nada que esperar por esta parte.

Y el conde se abandonó a la más sombría desesperación, maldiciendo su mala fortuna, a su cuñada y hasta a sí mismo.

Yo sufría atrozmente viendo a mi dueño tan abatido, sobre todo cuando le oí decir con acento desgarrador:

—He arruinado a mi familia; mi nombre, hasta ahora estimado, será maldicado; mi hermana me acusará de haber disipado el dinero y no me quedará otro remedio que saltarme los sesos.

—¡Ah, no, no—grité—; yo sabré impedirlo!

La enfermera!

5

Si bien los médicos conocen la importancia de una enfermera bien enseñada, el público en general ignora el número de mujeres que se dedican a esta profesión y su utilidad cada vez mayor, pues en nuestros días una enfermera hábil aprende tanto a prevenir como a curar las enfermedades.

Es a una mujer insigne, Florence Nightingale, recientemente fallecida, a quien se debe la realización moderna de la importancia de los cuidados que se prestan a los enfermos. Al regresar a Inglaterra, después de la guerra de Crimea, miss Nightingale fundó una escuela modelo de enfermeras, bajo estas principales bases: una completa disciplina y una implícita obediencia a las órdenes del médico, ayudándole con atinadas observaciones.

En realidad, la primera escuela de enfermeras del mundo fué fundada en 1836 por un pastor protestante en Kaiserwerth (Alemania).

En Norte-América la primera escuela del mismo género fué instituida en el hospital de Bellevue (Nueva York) en 1873 con fondos reunidos por iniciativa privada. Desde su fundación esta escuela lleva expedidos más de 800 títulos de enfermera. Para ingresar en ella las alumnas deben ya poseer una instrucción bastante sólida, hacer una temporada de ensayo y permanecer allí dos años y medio si son admitidas, lo que es bastante difícil. La enfermera debe mostrar aptitudes para el desempeño de su profesión: ha de poseer tacto, inspirar simpatía y ser hábil; debe asimismo tener un espíritu suficientemente abierto para aprender muchas cosas relacionadas con los remedios, las enfermedades y las maneras de prevenirlas; en fin, debe saber someterse a una disciplina bien rigurosa.

Desde el hospital, las enfermeras con título se han esparcido por las casas particulares, lo mismo por las ricas, que pagan los gastos de asistencia, que por las pobres donde sufraga esos gastos la caridad, y, por fin, por las escuelas públicas y los departamentos de higiene de las grandes ciudades.

Las Municipalidades, por su parte, han reconocido cuán hermoso instrumento de bien público podía ser la enfermera y se

sirve de ella contra la propagación de la tuberculosis y otros enemigos del bienestar general.

Estas enfermeras son indispensables en los hospitales en caso de enfermedades contagiosas, tifoideas, pneumonías u operaciones quirúrgicas, y no lo son menos para la educación sanitaria de los pobres, sobre todo para la lucha contra la tuberculosis.

Las enfermeras ganan, por regla general, de 25 a 30 dólares por semana, más la casa y comida. No obstante la duración bastante prolongada de los estudios y las cualidades exigidas, esta profesión atrae anualmente centenares de mujeres de 20 a 35 años.

La primera condición para que una enfermera obtenga felices resultados es saber establecer buenas relaciones entre ella y sus enfermos; esto depende enteramente de su tacto y de su adaptabilidad; tiene que tratar de captarse la confianza del enfermo, sobre todo si se trata de un niño, empleando procedimientos de dulzura y delicadeza.

La segunda causa del éxito depende de las relaciones de la enfermera con el médico; la enfermera es el agente confidencial del doctor y no debe jamás hacer nada ni decir nada que pueda disminuir la confianza del enfermo en su médico.

En último lugar, para lograr buen éxito debe la enfermera mantener excelentes relaciones con la familia de su enfermo; no tiene que exigir demasiado del servicio de los domésticos, ni tener maneras demasiado arrogantes ni ser demasiado estricta para las horas de descanso y de salida, que ella debe modificar voluntariamente, según las circunstancias; tampoco ha de demostrar demasiada familiaridad con los parientes del enfermo, ni aparecer charlatán.

Para llenar cumplidamente todas estas obligaciones se necesita, como se comprenderá, poseer algo más que los conocimientos técnicos y los estudios del hospital y del laboratorio. Es indispensable que la enfermera esté dotada de un tacto exquisito, que sepa despertar y conservar la simpatía, que demuestre amabilidad y que no le falte destreza. Su misión en el mundo es altamente noble y, por este mismo,

para salir airosa y cumpliría debidamente tiene que ser una mujer de carácter elevado y de verdadera abnegación. La primera vez que comenzaron a ejercer las mujeres esta profesión, cuidando hombres,

cheó mucho la cosa; pero esto duró poco pues pronto se echó de ver que llenaban su cometido en todas partes tan bien o mejor que los practicantes de los hospitales.

Hoy son amadas y respetadas.

Las ruinas de Babilonia.

El objeto principal de los contados viajeros que penetran en la Mesopotamia es visita las ruinas de Asiria y de Babilonia, sobre todo de esta última, que, por su proximidad a Bagdad, Kerbela y Merced-Alli, es la más accesible al turista. Pero si creyera encontrar allí despojos parecidos a los de Palmira ó Persépolis, sufriría un desencanto. No debe olvidar que cuanto mira es obra de una generación que ocupa las primeras páginas de la historia universal, la que nos da una idea un tanto exagerada sobre la majestad de esta metrópoli, con sus célebres terrazas y sus soberbios jardines pensiles, que quizás no son, en opinión de los arquitectos alemanes que allí hacen las excavaciones, más que parto de la fantasía de algunos historiadores.

Naturalmente, las primeras investigaciones se fijaron en el palacio imperial, que hoy está completamente al descubierto, y de esos estudios resulta que todo lo hoy existente se debe a dos épocas distintas. El palacio muestra haber sido levantado sobre las ruinas de otra construcción, a expensas de Nabucodonosor. Este edificio es el único construido con ladrillos cocidos, en tanto que el resto de las casas de la ciudad son de tierra cruda y, por lo tanto, de un color gris.

A la entrada, sobre los muros laterales, se ven algunos ladrillos convexos, que, unidos, forman animales mitológicos; estas figuras, junto con una estatua representando un animal que bien podría ser un león, son las únicas que delatan, hasta ahora al menos, un cierto sentimiento artístico en aquellas gentes.

Hay también un teatro griego de modestas proporciones; pero tanto en éste como en las otras ruinas la ausencia completa de la piedra y de otros ornamentos dan al visitante una inevitable impresión de mezquindad.

Según la Historia, aquella región era fertilísima, regada por el Tigris y el Eufrates; hoy es sumamente árida y hasta el presente han resultado inútiles los esfuerzos hechos

para devolverle su fertilidad primitiva.

Digna de alabanza es la iniciativa de los alemanes, que no cesan de rebuscar allí donde saben que no han de hallar tesoros escondidos, habiendo sido abandonada poco a poco la ciudad a causa de las incursiones de las hordas del Este y no sorprendida por un repentino cataclismo, como ocurrió con Pompeya.

Es natural que los habitantes, al emigrar, se llevaron todo cuanto podía representar un valor; pero lo que todavía hoy es efectivamente interesante para las personas instruidas que allí se dirigen son las inscripciones que sólo un profesor alemán (el director de las excavaciones) consigue decifrar y únicamente de éstas es de donde debemos sacar los elementos necesarios para establecer una historia fundada, no sobre la imaginación del que pretende llenar las páginas de su libro, sino sobre acontecimientos positivamente acaecidos y revelados por esas viejas escrituras.

Han quedado asimismo al descubierto en las últimas excavaciones algunos edificios que, al parecer, fueron templos, pero ninguno de ellos merece especial mención; estos pequeños recintos son considerados como templos única y simplemente por lo poco que puede juzgarse o, más bien dicho, presumirse, observando su original configuración. En efecto, fuera de eso, nada en tales construcciones ha quedado que constituya una prueba suficiente para poder afirmar con seguridad que estuviesen dedicadas al culto más bien que a otros usos diferentes.

Por lo que hace a las obras de irrigación, recuerdan en ciertas partes el trazado del canal de Panamá y es maravilloso el pensar cómo en aquellos tiempos los dos ríos Eufrates y Tigris pudiesen proporcionar la suficiente cantidad de agua para las necesidades de los agricultores.

Todo induce a creer que los esfuerzos del ingeniero inglés Mr. Wilcoy no consigan devolver a aquella hoy árida región la pasada fertilidad.

Extrañas cabalgaduras.

En Amptill Bedfordshire, una pequeña ciudad de Inglaterra, existe una de las más interesantes y curiosas escuelas para domesticar ciertas especies de animales, entre ellos cebras, llamas, avestruces, camellos, cebús, etcétera. Los resultados a que se ha llegado proporcionan una viva sorpresa por la utilidad práctica obtenida transformando en excelentes cabalgaduras a las bestias hasta ahora consideradas como las menos a propósito para esta clase de deporte, ya que la común opinión es la de que sólo el caballo es el animal verdaderamente apto para la equitación.

Las dudas que podrían originarse sobre tales resultados desaparecen inmediatamente con hacer una visita a esa extraña colección de "undestudies," para la monta con sillas, como se denominan los originales rivales de "la más bella conquista del hombre." El que ha visto a un cerdo atravesar al trote la High Street de Amptill llevando sobre el lomo a su groom dejándose guiar sin dificultad alguna, ya está preparado para toda otra sorpresa.

Si no tan rara, es por cierto mucho más estética y útil la cebra empleada como cabalgadura. Sus formas esbeltas y vivaces le asemejan bastante al caballo; pero su amaestramiento no deja de ofrecer dificultades y hasta peligros. Apenas cazada es rebelde, salvaje e impetuosa, mas una vez domada a palos

o nacida en cautividad, pronto se familiariza con quien la cuida.

Estamos acostumbrados a tener al avestruz por una bestia estúpida; por el contrario, comprende a las mil maravillas lo que se quiere de él, si bien no se somete al yugo sin protesta. Domesticado, es aceptable como cabalgadura, especialmente por su velocidad, que es grande, aunque de poca duración. Para guiarlo, como no es posible ponerle riendas, hay que pegarle con una vara el cuello, según la dirección que se le quiere hacer seguir. Por muy generalizada que esté la ciencia, no ofrece grandes dificultades la aclimatación del avestruz, aun en países fríos, como lo es Inglaterra.

Excelentes sustitutos del caballo son la llama, el onagro, el camello, el cebú y el dromedario. La llama se emplea como animal de carga y presta grandísimos servicios, pudiendo transportar hasta ciento sesenta libras de peso. Como cabalgadura, su amaestramiento ofrece pocas dificultades y, lo mismo que el onagro, lleva la silla como si hubiese nacido con ella. Es menester, sin embargo, que el jinete no tenga la mano demasiado pesada, porque en caso tal corre el peligro de ver a su cabalgadura, ya rebelde al bocado, negarse a dar un paso.

En vista de lo dicho, ocurre preguntar: ¿está quizás tocando a su ocaso el reinado... penoso del arrogante corcel de épica gloria?

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales

Madrid, provincias y extranjera.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS

El kaiser de viaje.

Paris, 5 (1'55).

Telegrafian de Berlín diciendo que el emperador salió ayer tarde para Sulza.

El sueldo de las tropas.

Paris, 5 (6'20).

Le Matin protesta contra el decreto ordenando la disminución del sueldo de las tropas que prestan servicio en las regiones de Marruecos que se consideran pacificadas. Dicho periódico dice que Lyautey pidió formalmente la suspensión de este decreto y el restablecimiento del plus de guerra.

Madrid, 3 Septiembre (10 mañana).

La Gaceta publica:

Traducción del arreglo internacional relativo a la represión de la circulación de publicaciones obscenas.

Nombrando a don Augusto Fernández Victorio vocal del tribunal a las oposiciones a ingreso en el Cuerpo de la judicatura.

Reales órdenes resolviendo la exención del impuesto jurídico a varios asilos y fundaciones, ninguno de Cataluña.

Lista de aspirantes a ingresar en el Cuerpo de abogados del Estado que deberán presentarse en la Dirección de lo Contencioso hasta el 15 del actual para subsanar defectos que se observan en sus documentaciones.

Aprobando la Memoria presentada por don Narciso Santanach relativa a las excavaciones efectuadas bajo su dirección en 1911 en las ruinas de Termes.

Adjudicando el suministro de 300 toneladas de cemento Portland para las obras de cimentación del muro de encauzamiento del río Segre, en Lérida, a la Compañía Anglo-española de Cemento Portland.

La apertura de Cortes.

El señor Canalejas, conversando ante algunos amigos íntimos, ha expresado la seguridad de vencer las dificultades que se le presentarán al abrir las Cortes.

Tiene el propósito de simultanear la discusión y aprobación de los presupuestos con el proyecto de ley de Mancomunidades.

Huelga de estudiantes.—Mejora.—El Raisuli.

Bilbao.—Ayer, día señalado para reanudar las clases de la Escuela de ingenieros industriales, no entró ningún alumno; pero hubo orden.

El Gallo está mejoradísimo.

Tánger.—Ha llegado el Raisuli, procedente de Arcila, para visitar al encargado de Negocios de España, señor López Robert.

Huelga de obreros.

Sevilla.—Se han declarado en huelga los obreros de la Corta de Tablada en número de 800. Piden trabajar diez horas y 55 céntimos de jornal por hora. Ahora trabajan 18 horas.

El origen de la huelga es haberse negado a un obrero permiso para faltar un día. El conflicto es grande por estar atrasadísima las obras.

Aumento de material.

Gijón.—El director de la fábrica de la Morera ha comunicado al gobernador la escasez de vagones de la línea férrea del Norte, por lo cual le faltaba carbón, y esto le obligaría a suspender los trabajos.

El gobernador gestiona de la Compañía el aumento de material.

Un mitin con gritos subversivos.—Temporales.

Tuy.—Un republicano portugués llamado Pelante, hablando en un mitin en Valença, llamó a Canalejas «frailuno», recordando la pérdida de las colonias españolas.

La muchedumbre dió mueras a España.

Los excursionistas trataron de quemar el coche de un empresario de Tuy llamado Ventura Montoro.

San Sebastian.—Persiste el temporal de viento y agua.

Se han suspendido los festejos de anoche.

El estado del mar es imponente.

Bilbao.—A causa del temporal no pudo salir la escuadra para Ferrol ni el *Giralda* para Santander.

Se suspendieron las fiestas.

Bolsin mañana.

Inferior, 85'65 dinero; Nortes, 104'00 papel; Alicante, 100'15 papel; Andaluces, 65'75 papel; Río Plata, 94'45 papel.